

## LOS LIBROS

### NOVELA

LA SERPENT À PLUMES, por D. H. Lawrence.

Dionisia Clairouin acaba de verter al francés la primera de las grandes novelas de D. H. Lawrence, escritor inglés muerto en Niza, cuando había llegado a la plena madurez de su talento.

No es ésta *Serpent à plumes* la más difundida de las novelas de Lawrence. El hecho de pintar un ambiente exótico, Méjico, y de ser sus personajes, salvo Kate, la irlandesa, sudamericanos en su mayoría, no ha interesado a los impugnadores y partidarios de la filosofía sexual de Lawrence, lo que *El amante de Lady Chatterley* o *Hijos y amantes* que las autoridades inglesas prohibieron, a raíz de enconadas polémicas sobre su sentido moral.

Como Joyce, con el cual Lawrence tiene más de un contacto y como Stevenson, vivió la mayor parte de su vida en el continente, en la costa azul o viajando a través de América o por Australia, donde se desarrolla otro de sus libros de ambiente exótico: *Kanguro*.

Sin embargo, en Lawrence no hay alarde alguno de técnica. Sus novelas encajan sin esfuerzo dentro de los viejos moldes del género. No hay en él la preocupación del monólogo interior, del balbuceo de la subconsciencia hecho arte, tan del agrado del novelista de Dublin. Lawrence fué, además, un poeta de la naturaleza y es el detalle típico, uno de los resortes de su potencia descriptiva.

Pájaros y hierbas, modalidades y trajes pintorescos. Nada se escapa a su pupila avizora y veraz. Y el paisaje civilizado de Inglaterra, el medio de las granjas rústicas, el perfil de los llanos de Méjico o las colinas redondas de Australia, vestidas de trigales, surgen de su estilo, llenas de colorido evocador.

La originalidad de Lawrence estriba, más bien, en la filosofía que impregna sus relatos, aun los más breves y orienta a sus creaturas dentro de una fatalidad sexual, ajena a su conciencia, que el puritanismo de la vieja sociedad inglesa ha convertido en trágico desequilibrio, más que en otros países de Europa.

Freudiano sin haber conocido a Freud, pues lo leyó cuando su obra

estaba ya hecha, el genio de Lawrence penetra dentro del misterio sexual que la sociedad moderna ha dejado de mano, haciendo una tortura dramática, una tragedia de continencia, de lo que debe ser una amplia libertad de goce, una aspiración espiritual para que la raza humana recupere la ingenua pureza de los primeros días de la creación.

Una nueva concepción de la vida, resultado de la fusión entre el instinto ancestral y el nuevo concepto espiritual de la civilización: he ahí la sustancia de su filosofía.

Un civilizado, como lo llama su amigo Huxley, que logra desarrollar armoniosamente su cuerpo y su espíritu a la vez.

Ser un hombre completo, equilibrado, dice Mark Rampion, el novelista (trasposición de Lawrence en el libro *Contrapunto* de Huxley) es una empresa difícil de llevar a cabo, pero es la única solución que se nos presenta. Nadie nos exige que seamos otra cosa que hombres. Entendedlo bien: hombres. Ni ángeles ni demonios. El hombre es una criatura que marcha con toda clase de precauciones por una cuerda tensa, con la inteligencia, la reflexión y todo lo que es espíritu a un lado del balancín y el cuerpo, el instinto y todo lo que es inconsciente terrestre y misterioso, al otro extremo. En equilibrio. Lo que es endiablada-mente difícil. Y la sola cosa absoluta es lo absoluto del perfecto equilibrio. Lo absoluto de una perfecta relatividad.

Lawrence sueña con una vida integral y anticipa las luchas para

conseguirla y las soluciones. Es un vidente que muestra una vida futura, en que los excesos, ya sea espirituales o corporales, tienen un sabio equilibrio, cuyo control le corresponde a la intuición del hombre civilizado.

Su metafísica sexual la ha hecho Lawrence dinámica en todos sus libros, novelas o ensayos, formando escuela y naturalmente, discípulos. Aldous Huxley sería uno de ellos.

Tal estética puede fallar en muchos casos, ya que no es la vida misma la que informa lo substancial de la creación, sino las cualidades analíticas del autor las que buscan en la vida lostipos apropiados a su pre-concepción.

Tal estética necesitaba un genio para convertirse en obra de arte y el genio creador lo poseía éste hirsuto y extraño descendiente de mineros de Nottingham. Lawrence estaba seguro que su teoría era la exteriorización de un anhelo, de un germen de libertad, frente al convencionalismo de una vieja moral, que no respondía a sus detractores sino con recios libros, cada vez más plenos de vitalidad y más perfectos artísticamente.

Sus análisis de las obsesiones sexuales y su prodigiosa visión del mundo exterior, forman las raíces de su genio literario. Une así la introspección, tan minuciosa como en Joyce con una comprensión épica de la naturaleza.

La Biblia, ética libérrima y Tomás Hardy, gran pintor, son sus fuentes, según un crítico inglés.

En su novela *El Zorro* y sobre todo en *La Serpent à plumes*, se ven

claramente sus características de ideólogo y de artista.

En la última, es la civilización azteca, con su primitivo y misterioso culto del sexo, la que obra sobre los blancos con irresistible sugestión. En este paraíso, sin luchas ni intereses materiales, se ha propagado como un veneno disolvente, el maquinismo norteamericano y las luchas económicas de los europeos.

La psicología del hombre blanco, simplista y semi-bárbara, se defiende despreciando al indígena, como a una raza inferior, cuando éste tiene en la oscura vaguedad de sus pupilas la verdad ancestral que el blanco ha perdido. Su desprecio por la muerte y el llevar bajo el brazo el arma siempre lista, es vicio civilizado y obra insidiosamente sobre ellos como el tabaco y la mariguana en los hombres blancos, a quienes la codicia destrozó los nervios.

*La serpent à plumes* no es solamente una demostración novelesca de sus teorías sexuales sino un análisis agudo del Méjico de 1925. Las observaciones sobre la psicología mejicana, aplicables a casi toda América, coinciden en forma sospechosa con las paradojas del conde Keyserling, salidas a la circulación algunos años después de publicarse *La serpent à plumes*.

El contraste entre ese mundo caótico, lejano y los prejuicios éticos de Kate, la irlandesa, mujer madura que viene a Méjico en viaje de turismo, le sirven a Lawrence para dar otra prueba de su filosofía.

«En América, dice, la sombra del mundo anterior al diluvio es a veces tan vigorosa que Kate perdía la

conciencia de este acontecimiento prehistórico y sentía germinar en ella una conciencia ancestral, oscura y sutil, más arraigada en su instinto que en su razón.

«Cuando el alma y el poder del hombre emanan de su sangre y de su médula espinal, se establece de hombre a hombre y del hombre a los animales un extraño contacto interior.

«Los mejicanos están en ese período. Todo lo que es aborigen en América pertenece a la época anterior al diluvio, antes de que empezase en este mundo el reino del espíritu.»

Es por eso que la vida intelectual en América, la vida de los pueblos blancos, se desvanece rápidamente como una mala hierba en una tierra virgen. Probablemente se marchitará muy pronto y la muerte lo destruirá todo. Entonces un nuevo germen, una nueva concepción de la vida, surgirá de esta fusión entre la antigua conciencia instintiva de la sangre y la conciencia intelectualizada del hombre blanco. De la fusión ha de nacer un ser nuevo.

Kate siente el embrujo del dios Quetzalcoath y después de caídas y rebeliones, dejará sus hábitos tradicionales, la patria, la familia, el amor, para incorporarse a la nueva vida.

El indio Cipriano Viedma, antiguo estudiante en Oxford y ahora general de la República, reencarna al macho, al rojo Huitzlopochtli, el de el cuchillo ensangrentado.

Es el sexo puro, el dios fálico y Kate comprende que no lo liga a él el amor europeo, enfermo de

rancio romanticismo sino una sugestión extraña, una reversión a la época primitiva que una civilización inhumana había apagado hasta casi extinguir. Por eso no razona. Se deja arrastrar, conmovida hasta lo más profundo de su ser, por el hechizo de esta vida primitiva que se exterioriza mediante himnos, músicas extrañas, trajes de raros matices, lagos espejeantes, volcanes convulsionados, pájaros de insólitos gorjeos, pulques y aguamieles y hombres de arcilla, ágiles como simios de coloreados zarapes y grandes sombreros que se acuchillan con atávicos alaridos de odio.

Toda una decoración sexual y mística que Lawrence ha extraído del Floklore mejicano y que se sintetiza en una águila toscamente encajada en el interior de una serpiente que se muerde la cola.

La idea matriz de la filosofía Lawrenciana se infiltra a través de toda la novela con esa aguda penetración humana que no descuida un detalle para conseguir el fin estético que se ha propuesto.—*Mariano La Torre.*

### EL MUNDO DE LOS LIBROS A VUELO DE PAJARO

SURVIVANCES, por *Lionello Fiume*.—  
Paris.

El gran poeta crítico y prosador italiano, Lionello Fiume acaba de publicar un nuevo libro. Son poemas de acendrada emoción, de ancha cadencia y llenos de una congo-

ja sorda como agua subterránea. Bella la edición de amplias páginas aireadas, con unos estilizados dibujos.

SUB-TERRA, por *Baldomero Lillo*.—  
Nascimento (Santiago).

No se la razón porqué Lillo no tiene un prestigio americano. Sus cuentos tienen una fuerza dramática comparable a los mejores rusos. Con una naturalidad espantosa lleva hasta el paroxismo de la angustia. Y nada de fantasías a lo Hoffman. La vida misma. La vida terrible de los miserables de la tierra, le da los mejores motivos de sus cuentos.

PREGUNTAS A LAS CABEZAS SIN  
REPOSO, por *Fusco Sansone*. Montevideo.

Un nuevo libro de este cantor de la alegría y de la vida sana. Salvo, el título, que no lo comprendo, todo el libro está lleno de esa vibración frenética del viento tramo-yista de panoramas.

DE BUENOS AIRES A NUEVA YORK  
A PIE, por *Augusto Flores*.—Cervantés (Barcelona).

Mal escrito el libro, en un estilo pobre y mazorrar. Pero lleno de color y de interés. Escenas vívidas llenas de emoción y de verdad. Es un desfile de panoramas y, a veces de siluetas conocidas... a través de los libros. Sandino, con su pistola